

**INTERNET
y la sociedad
de la información**
**Una mirada desde
la periferia**

TOMO I

Editor: Octavio Islas

**CIESPAL
2005**

INTERNET y la sociedad de la información
Una mirada desde la periferia

© Varios - Tomo I

1000 ejemplares - agosto 2005

SBN 9978-55-049-6

Código de Barras 9789978550496

Registro derecho autoral N° 022136

Portada:

Juan Pablo Muñoz

Diagramación texto:

Fernando Rivadeneira León

Impresión:

Editorial "Quipus", CIESPAL

Quito – Ecuador

Los textos que se publican son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no expresan necesariamente el pensamiento del CIESPAL.

Contenido

Prólogo	
Alejandro Ocampo. México	7
Presentación	
Edgar Jaramillo. Ecuador.	21
Introducción	
Octavio Islas. México	23
Orígenes del concepto Sociedad de la Información	
Claudia Benassini. México	25
Sociedad de la Información, Sociedad de la Ubicuidad	
Octavio Islas	41
La Sociedad de la Información en Europa	
Javier Echeverría. España	83
La posmodernización económica en Internet	
Fernando Ramón Contreras. España	111
Teoría crítica en la sociedad del comando informacional	
Francisco Sierra Caballero. España	155
La formación de los periodistas	
M ^a Ángeles Cabrera González. España	187

Interacción y comportamiento social en el Ciberespacio	
Amaro La Rosa Pinedo. Perú	195
Ciudad, comunicación y cibercultura	
André Lemos. Brasil	215
La experiencia de los CTC en Argentina	
Silvia Lago Martínez. Argentina	253

Orígenes del concepto sociedad de la información

*Claudia Benassini Félix**

Introducción

Sociedad de la información. Un término/concepto/categoría/noción que fue acuñado hace aproximadamente 40 años y gradualmente incorporado a la literatura de la comunicación. Cada vez es más frecuente el número de teóricos e investigadores que lo utilizan, sobre todo, para contextualizar una diversidad de temas y fenómenos abordados. Sin embargo, es frecuente que el término se utilice más como una etiqueta intercambiable que dentro de todo su contexto para ulteriores problematizaciones, es decir, como término/concepto/categoría/noción. En contraparte, también es cierto que en diversos ámbitos el tema continúa en discusión misma que, lejos de agotarse, conduce a nuevas vetas de exploración teórica y de su consecuente reflexión epistemológica; en consecuencia, se le utiliza de acuerdo a un criterio que irá de término a noción.

* Mexicana. Maestra. Directora del Observatorio de Comunicación. Tecnológico de Monterrey. Campus Estado de México.

Es difícil y aventurado atribuir explicaciones a estos dos escenarios, en los que cabe introducir una variable adicional. Mientras los primeros lo utilizan más como telón de fondo y dan por supuesto de qué se habla, sin cuestionar a la *sociedad de la información*, los segundos se caracterizan más por su posición crítica frente a ella. Y un elemento adicional: poco se ha explorado sobre sus orígenes y sobre el contexto en el que apareció el concepto. Es aquí donde se ubica este ensayo; como otros autores, se parte del supuesto de que para llegar al concepto *sociedad de la información* fue necesario caminar un sendero de antecedentes. Entre ellos, se han seleccionado la tecnología y el lenguaje anticipado, a través de los que se pretende dar cuenta de una manera de realizar este recorrido. En un segundo momento se partirá de una caracterización del término recuperando la propuesta de Daniel Bell para, finalmente, hacer una reflexión crítica al respecto.

Antecedentes

Diversos historiadores de la comunicación moderna (por ejemplo, De Fleur, 1983; Flichy, 1993; Perriault, 1991) coinciden en la importancia que tuvo el siglo XIX para el desarrollo de los medios de comunicación, en particular los electrónicos. Fueron muchos los factores que confluyeron para que esto fuera posible: desde el perfeccionamiento de tecnologías que databan de etapas previas hasta el descubrimiento e incorporación de otros implementos, que darían por resultado tanto el mejoramiento esperado como una ampliación en los usos. Este impulso, que se inició siglos atrás, fue posible por el trabajo entonces individual de quienes Patrice Flichy (1993:158) llama los *“profesionales de la invención”*. Una figura prevaleciente en el siglo XIX que abarca un *continuum* entre los inventores autodidactas y los profesionales con estudios. Al respecto, Jacques Perriault (1991:124) afirma que:

“La intimidad de esos aparatos, su genealogía, las reacciones que suscitaron, son reveladoras de una sociedad, de sus sueños y sus mitos y también de sus usos y costumbres. No se trata de extremar la

oposición entre lógicas técnicas y lógicas de usuarios: las lógicas técnicas son también lógicas de la sociedad y con frecuencia saben sacar partido del uso que se hace de lo que ellas producen. Eso no impide que haya siempre profanos respecto de la técnica impulsada por los inventores, los constructores, los comerciantes y publicitarios que evolucionan en su terreno. Los otros, los usuarios no pueden entrar en ese campo, están, etimológicamente hablando, frente al fanum, el área sagrada, son profanos. El mundo de la técnica tiene su propia trama y su templo subsiste en todas las épocas. Allí se construye y perfecciona la ilusión. Cada éxito recibe el aplauso del ambiente técnico del inventor que profetiza los beneficios futuros. Los usuarios, mientras tanto, permanecen al margen”.

A esta reflexión sobre la lógica que animaba a estos interesados en el funcionamiento de las comunicaciones habrá que agregar otra, presente desde al menos tres siglos atrás. Resulta difícil adelantar cuáles pudieron ser las razones que hicieron posible el trabajo de estos individuos, sobre todo porque en los materiales que dan cuenta de sus trabajos no es fácil localizar sus testimonios al respecto. Sin embargo, ya desde el Siglo de las Luces se trabajaba con una Idea de Progreso, orientada no solo a la tecnología sino a otros saberes relacionados con el conocimiento del hombre y su entorno. La misma Idea que contribuyó a la gestación y desenlace de la Revolución Francesa y a sus derivaciones, producto de ajustes necesarios o del malestar por sus consecuencias. En consecuencia, más que una teoría sociológica de las modalidades de organización de los individuos para la construcción de dispositivos tecnológicos, cabe hablar de una concepción filosófica del individuo y su quehacer, inmersos en una sociedad que en ese momento identificaba y se sorprendía de las novedades.

Adicionalmente, se trata de una sociedad que, ya entrado en el siglo XX, se visualizará como, en palabras de Armand Mattelart, (2002:15) una sociedad regida por la información que se inscribe, “por así decirlo, en el código genético de sociedad inspirado por la mística del número. Es muy anterior, por tanto, a la entrada de la

noción en la lengua y en la cultura de la modernidad. Este proyecto, que va tomando forma en el transcurso de los siglos XVII y XVIII, entroniza a la matemática como modelo de razonamiento y acción útil. El pensamiento de lo cifrable y de lo mensurable se convierte en el prototipo de todo discurso verdadero, al mismo tiempo que instauro el horizonte de la búsqueda de la perfectibilidad de las sociedades humanas. Momento significativo en la materialización de la lengua de los cálculos, la Revolución Francesa lo convierte en el rasero de la igualdad ciudadana y de los valores del universalismo”.

Siguiendo al autor (2002:20-30), esta concepción, nuevamente originada desde la filosofía, fue animada sucesivamente por el proyecto de automatización del razonamiento formulado por Leibnitz, la búsqueda de una lengua universal preconizada por Francis Bacon, las aportaciones de Condorcet a la sistematización del conocimiento y las utopías de Saint-Simon ante lo que consideraba el “*flagrante*” fracaso de la Revolución Francesa. Y toda esta reflexión será una parte del impulso que conducirá a la cuantificación creciente de la sociedad -que culminará en los censos- y, junto con los avances tecnológicos en los medios, al proceso de internacionalización de las comunicaciones. En otro libro (1998:9 y ss), el mismo Mattelart señala, entre otros, los siguientes procesos:

- a) La “*liberación de los flujos*”, consecuencia del principio de la “*libre comunicación del pensamiento y de las opiniones*”, erigida como principio de los Derechos Humanos previo a la Revolución Francesa. Las primeras expresiones de la propuesta se iniciaron a mediados del siglo XIX, a raíz de la introducción del telégrafo óptico, cristalizada en la liberalización de las líneas internacionales: el primer espacio eléctrico unificado.
- b) Desde esta misma lógica, la inauguración, en 1851, del primer cable submarino que unía Calais, Douvres y París con Londres. Es el inicio de una forma de comunicación que unirá a la capital británica -entonces el mercado financiero más importante- con

diversos puntos del globo, siempre a través de cables directos tendidos con otros países.

- c) En materia de radio, la creación de la Unión Telegráfica Internacional, en 1906, permitió la regulación de las interferencias y la asignación de frecuencias, cuya prioridad sería para los prestadores de servicios.
- d) Finalmente, el reparto de países efectuado por las agencias informativas durante la Primera Guerra Mundial tendiente, por un lado, a asegurar ganancias a todas las interesadas y, por otro, a difundir una imagen más o menos homogénea de los acontecimientos.

Como puede observarse, estos procesos fueron producto de convenios celebrados entre países europeos, que más adelante incluyeron a otras regiones del globo. Y todos estuvieron contextualizados en la doctrina de la libre comunicación del pensamiento y las opiniones, nuevamente perneada de una filosofía más orientada al “*deber ser*”. Como se verá en su momento, este primer impulso tendrá sus aportaciones sucesivas en el camino hacia la sociedad de la información.

La tecnología hacia la Sociedad de la Información

En el apartado previo se destacó que gran parte de los esfuerzos tecnológicos cristalizados durante el siglo XIX fueron producto de perfeccionamientos iniciados en periodos previos. Las computadoras no son la excepción, como se desprende de las afirmaciones de Jacques Perriault (1991:149):

“Los precursores Raimundo Lulio, que trata de simular el razonamiento humano; luego, Leonardo da Vinci, Pascal y Leibnitz, que quieren automatizar el cálculo; (...) Estos últimos quieren simular los sentidos y aquellos el razonamiento. Los creadores de automatismos del siglo XVIII querían crear un hombre artificial. Pero

el linaje del cálculo toma ventaja. Charles Babage y Ada Lovelace, la única mujer encontrada en este conjunto de inventores, intentan, a mediados del siglo XIX, crear una máquina mecánica para resolver ecuaciones. Pero fracasan en su intento. A partir de la invención del trío, en 1906, es posible la comunicación electrónica”.

Pero los avances más significativos se registran en los años previos y durante la Segunda Guerra Mundial. A continuación, una síntesis apretada de los principales elementos que confluyeron en el proyecto de, parafraseando a Mattelart, la sociedad regida por la información (Flichy, 1993:196-197; Perriault, 1991:49 y ss.; Mattelart, 2002:56 y ss).

- a) En 1936, el inglés Alan Turing formula un nuevo principio técnico: la idea del programa grabado y la de tabla de estado que describe el problema a tratar. Capaz de encarnar cualquier “*procedimiento bien definido*”, su máquina conforma la idea de “máquina universal”. En la línea con el descubrimiento del mecanismo “*cerebro*” entre los humanos, señala la vía de acceso a la construcción de un “cerebro electrónico”.
- b) En 1942, John Presper Eckert y John William Mauchly desarrollan el principio de la calculadora. Está destinada a calcular la trayectoria de los misiles y determina por esta razón el sentido de uso del aparato.
- c) El concepto de calculadora universal pertenece a Von Neumann, quien lo desarrolla en 1945 en el libro titulado *Computer as Brain*. Tres años más tarde, Norbert Wiener publica *Cibernética o control y comunicación en animales y máquinas*; obra en la que se entrecruzan observación de procesos de control fisiológicos y neurofisiológicos y formalización de una teoría general sobre los sistemas tecnológicos de control, punto de partida de la “*ciencia del pilotaje*” o *cibernética*.

- d) Tres son los frentes que contribuyen al progreso de las grandes calculadoras: el desciframiento de la correspondencia estratégica del enemigo, las tablas de tiro para uso de la artillería antiaérea y la bomba atómica. En 1939, Alan Turing es reclutado por el Intelligence Service para penetrar el secreto de las máquinas electromecánicas de encriptado *Enigma* puestas a punto por Alemania en el periodo de entreguerras. En los Estados Unidos, Claude Elwood Shannon, investigador en los laboratorios Bell, también se interesa por las claves, mientras que Norbert Wiener trabaja en el marco del proyecto balístico. Todos los proyectos norteamericanos dependen del programa de US National Defense Committee. El responsable es Vannevar Bush, quien a comienzos de los años 30 puso a punto el analizador diferencial, primer calculador analógico completo.
- e) Antes de entrar a Bell, Shannon sostiene en el Instituto Tecnológico de Massachussets una tesis que articula la electromecánica y el cálculo binario. En concreto, demuestra que se puede automatizar toda operación matemática compleja por medio de los circuitos de relés utilizados en telefonía. Basta con utilizar números binarios y respetar los principios del álgebra de Boole.

No es obra de la casualidad que, particularmente las últimas actualizaciones tecnológicas, se enmarquen en la Segunda Guerra Mundial. Como tampoco es de extrañar que los Estados Unidos haya asumido el liderazgo en el campo. Prácticamente, desde principios del movimiento se implementó toda una estrategia orientada hacia estos fines que redefinió la investigación, encabezada por organismos militares que coordinaban los esfuerzos públicos y privados. Y es que para ese momento se había modificado la figura del *“profesional de la invención”*, trazada por Flichy en el contexto del siglo XIX. Ahora, siguiendo al mismo autor (1993:158), la invención se realizaría a través de la investigación y el desarrollo. Es decir, grandes firmas capaces de financiar laboratorios de

investigación que den cabida a millares de investigadores. La figura individual del investigador no ha desaparecido, pero interviene en campos de menor importancia, o su éxito requiere que el invento sea adquirido por una gran firma.

Cabe aclarar que esta siguiente etapa de la investigación tecnológica también está imbuida de una idea de progreso; pero es una idea diferente a la anterior, dados los cambios en el contexto y en los objetivos mismos. En suma, si la primera estuvo perneada por un gran pragmatismo, la segunda lo estará de poder: el progreso como forma de vencer al enemigo. Y esta idea pasará al menos por dos actualizaciones en la ruta hacia la sociedad de la información: la guerra fría y los inicios de la guerra de guerrillas en el Tercer Mundo.

La puesta al día del lenguaje apropiado

Igual que la tecnología, el lenguaje del que más adelante se apropiaría la sociedad de la información fue acuñado décadas antes, aunque fueron varios los casos en los que se modificó el sentido inicial. De nueva cuenta siguiendo a Mattelart (2002:50 y ss), los principales son:

- a) En el contexto de la sociedad de redes, Paul Otlet, abogado pacifista, acuña el término **mundialismo**, para destacar la simbiosis con un pensamiento universal. Un pensamiento que entreteje el enlazamiento del globo tanto con las redes técnicas -el telégrafo y el cable submarino- como con las redes ciudadanas que surgen durante la segunda mitad del siglo XIX al amparo del reconocimiento de las libertades de prensa, expresión y asociación. Otlet coincide con Gabriel Tarde -pionero de la psicología social- en que la aceleración de la velocidad de los flujos informativos y comunicativos ha dado a luz a una opinión de dimensión planetaria y a la aparición de los “públicos” modernos.

- b) Desde la década de 1880, el ruso Piotr Kropotkin sentó las bases de la **era neotécnica**, que significa la liberación del potencial de flexibilidad y de ubicuidad inherente a la electricidad. Con la descentralización como principio, surgirá una sociedad en la que la reordenación territorial va del brazo de las condiciones sociales. Adicionalmente, en esta era se implantarán la ley de la “ayuda mutua” y del “soporte mutuo”, tan fuerte como la ley de la lucha por la vida que, en el transcurso de la historia, ha apuntalado la resistencia de la gente de abajo.
- c) En 1913, Ananda K. Coomaraswamy, oriundo de la India y formado en Inglaterra, acuña el calificativo **postindustrial**: vocablo portador de las esperanzas de quienes creen en el inminente derrumbamiento de la civilización industrial y en el retorno a una sociedad descentralizada. La originalidad de la contribución de este autor reside en que vincula la idea de una sociedad postindustrial al ideal del reencuentro con la diversidad cultural, amenazada por la centralización y la uniformización practicada por un “sistema unitario mecánico”, atrapado por una economía de vocación planetaria y ajeno a cualquier consideración sobre el “*alma de la especie*”.
- d) En 1917, el inglés Arthur J. Penty recupera el término **postindustrial**, orientado contra los perjuicios del modo global de desarrollo.
- e) En 1934, Lewis Mumford, historiador norteamericano, retoma el hilo de las intuiciones de Kropotkin y las incluye en el orden del día de las redes de radiocomunicación. En su libro *Técnica y Civilización* afirma cómo “*Platón definió los límites del tamaño de una ciudad como el número de personas que podían oír la voz de un solo orador. (...) Hoy, esos límites no definen una ciudad sino una civilización. En cualquier sitio donde existan instrumentos neotécnicos y un lenguaje común están ahora los elementos de una unidad política casi tan estrecha como*

la que fue posible antaño en las más pequeñas ciudades del Ática”.

Como puede observarse, el vocablo “*postindustrial*” aparece en dos momentos distintos y, como se verá enseguida, con una connotación distinta a la que se le confiere a principios de la década de 1960. En el contexto del planteamiento de la sociedad de la información, se le atribuye el significado de “*posterior a la etapa de industrialización*”, en consecuencia, diverso al concebido por Ananda K. Coomaraswamy. No obstante, cabe destacar que este vocabulario se reestrena en el contexto de la Guerra Fría, de la idea del progreso como poder, en la llamada “*Fin de la Ideología*”. El término se utiliza por primera vez en 1955, en el marco de una reunión celebrada en Milán por el Congreso para la Libertad de la Cultura, en la que participaron representantes de la academia y la política estadounidense.

En plena guerra fría, el telón de fondo de los norteamericanos fue el final de las diferencias entre Oriente y Occidente y el advenimiento de una nueva etapa en la historia de las relaciones entre ambas regiones. Una nueva etapa en la que reinaría la neutralidad que daría paso a nuevas aproximaciones en el estudio de los fenómenos sociopolíticos, a consecuencia de la emergencia de un nuevo intelectual, igualmente neutral. Y una nueva etapa que se caracterizaría por una nueva manera de abordar el estudio de la historia: ya no se hablaría de etapa antigua, media, moderna y contemporánea, sino de preindustrial, en proceso de industrialización, industrial y postindustrial. La propuesta no pasó de ahí, pero confirió un sentido distinto al vocablo, que forma parte de las características de la nueva sociedad.

El advenimiento de la Sociedad de la Información

Sobre estos antecedentes brevemente esbozados, en 1963, el sociólogo norteamericano Daniel Bell publicó *El advenimiento de la sociedad postindustrial; un intento de prognosis social*, en la que introduce el concepto de “sociedad de la información”. Para los

objetivos de este trabajo, es importante hacer hincapié en el hecho de que se trata de un “tipo ideal” de sociedad con las siguientes características (Mattelart, 2002:85 y ss; Miége, 1996:101 y 22):

- a) Se encuentra sometida a una quintuple mutación: el paso de una economía de producción a una economía de servicio; la preeminencia de la clase profesional y la técnica; la nueva centralidad adquirida por el conocimiento teórico como una fuente de innovación y de formulación de políticas públicas; anticipar el futuro y el auge de una nueva tecnología intelectual, dirigida hacia la toma de decisiones.
- b) En la sociedad postindustrial se produce una expansión de los servicios humanos (salud, educación y servicios sociales) y se elevan los servicios técnicos y profesionales (investigación, evaluación, procesamiento informático y análisis de sistemas), evidenciada en el crecimiento de los profesionales. En consecuencia, se ha formado una nueva *intelligentsia* que se articula en universidades, organismos de investigación y gobierno.
- c) En este sentido, desde el punto de vista de la estratificación y dentro de la escala de poder, la figura dominante de la sociedad industrial era el hombre de negocios y la empresa el lugar social más importante. En la sociedad postindustrial esta centralidad le corresponde a los científicos, la universidad y los centros de investigación.
- d) En razón del progreso técnico, las actividades de tratamiento de la información son inducidas a reemplazar las actividades industriales de manipulación de la materia, que en el siglo XIX habían tomado el lugar de las actividades agrícolas. El avance de la industria se producirá cuando la información sustituya a la producción pesada; de aquí la importancia de la investigación. En consecuencia, el “*valor saber*” sustituirá al “*valor trabajo*”.

- e) En definiciones más recientes, también se atribuye un peso creciente a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, sobre las que se establece una suerte de polaridad en sus procesos de circulación y apropiación, caracterizada por las llamadas diferencias entre el Norte y el Sur.

Hasta aquí las características de la sociedad de la información, tal como fue visualizada por Daniel Bell. Quizá lo más significativo sea el papel que toman la información y el conocimiento en el mundo del trabajo. Pero más significativo resulta, como se destacó en la Introducción, el hecho de que hayan sido pocas las revisiones teóricas a las que el concepto se ha sometido a fondo.

El breve recorrido hasta aquí efectuado da cuenta de lo poco que hasta el momento se ha explorado en busca de los orígenes del concepto. Dado que se trata de un vacío difícil de subsanar el menos por el momento, a continuación se presenta una perspectiva crítica sobre el tema.

La mirada crítica hacia la Sociedad de la Información

Antes de pasar a reflexiones más elaboradas, conviene tener presente el hecho de que el concepto "*sociedad de la información*" no haya sido tema de actualizaciones teóricas recientes que lo confirmen como tipo ideal desde la perspectiva en que fue construido por Daniel Bell. Por sí mismo, el vacío es ya susceptible de una crítica, toda vez que no ha sido lo suficientemente actualizado; quienes caminan en esta misma línea hacen sucesivas reelaboraciones del concepto. Hay algunas excepciones a esta constante, es decir, quienes a partir de la caracterización de Bell hacen aportaciones ulteriores.

Desde otro punto de vista, la actualización es mucho más frecuente desde la perspectiva del discurso institucional. Así, desde hace ya varios años la UNESCO se ha apropiado del concepto "*sociedad de la información*", al incorporarlo a su agenda temática

y, en consecuencia, a sus actividades, incluida la investigación y el debate sobre el tema. Así, quienes se adhieren a esta posición no necesariamente tienen que hacer una actualización en los términos planteados en el párrafo previo, aunque sí desde la perspectiva de, en este caso, un organismo internacional. Cabe desatacar que asumir esta perspectiva de ninguna manera significa asumir una posición menor en el plano intelectual. Simplemente basta tener en cuenta la creciente relevancia que va cobrando la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información, tanto por el nivel de la discusión como por las aportaciones al tema.

Hay, finalmente, un último filón -quizá el más numeroso- que no necesariamente sigue su propio camino, sino que en muchas ocasiones se incorpora al de los organismos nacionales, regionales e internacionales que se reúnen en torno al tema. Se trata de la perspectiva crítica, en la que se ubican intelectuales, académicos, investigadores y en general profesionales que critican el concepto “*sociedad de la información*” y sus implicaciones. En otras palabras, en la realidad, el “*tipo ideal*” construido por Daniel Bell se aleja mucho más de lo que se acerca. Y quizá la perspectiva más abordada sea la de las diferencias entre el Norte y el Sur en cuanto al acceso y la apropiación de las tecnologías de la información y la comunicación, desde donde se han abierto diversos frentes, como la *brecha digital*, la participación de la ciudadanía en estos procesos de apropiación, la generación, distribución y difusión del conocimiento. Aspectos que no fueron tomados en cuenta en la construcción de Daniel Bell. Por ejemplo, de acuerdo con Dominique Wolton (2004:67), la sociedad de la información:

“debía permitir, gracias a las redes, no solo a los países del Sur recuperarse de su “atraso” sino también a todos los pueblos comunicarse. Se suponía que la tecnología iba a ser autosuficiente para acelerar el diálogo de culturas; a la larga, esto implicaba pensar que las informaciones son más importantes que las diferencias culturales, o que todas las culturas están organizadas sobre el mismo modelo... occidental. Hablar de quitamientos y de acceso a las

técnicas evita, de hecho, mencionar las cuestiones enojosas, en especial las desigualdades y la incomunicabilidad entre culturas. Hacer de Internet el corazón de la red de la sociedad informada traduce una auténtica ingenuidad. Implica olvidar que ya se había prometido lo mismo cuando, entre 1960 y 1980, se generalizaron los ordenadores, y estas redes -lo hemos visto- pueden ser utilizadas tanto por los regímenes democráticos como por los poderes despóticos; implica olvidar también que la cibercriminalidad aumenta a la velocidad de su propia expansión y que la especulación en torno a las nuevas tecnologías conduce más a un crack de los mercados bursátiles que al surgimiento de una economía nueva. El desmoronamiento económico y las mentiras sorbe los valores de las nuevas tecnologías relativizaron esta enésima versión de la ideología modernista”.

Esta referencia, un tanto extensa, no solo sintetiza la posición del autor con respecto a la sociedad de la información. También da cuenta de la posición crítica que se mantiene con respecto al tema, que Armand Mattelart (2002:169) completa:

“Hay que reapropiarse de las nuevas tecnologías construyendo una alternativa a la sociedad de la información. Si hay algo de cierto en la noción de sociedad de la información es que cada vez más intersticios de la vida cotidiana e institucional son penetrados por las tecnologías de la información y, por consiguiente, que cada vez serán más los sectores que se verán obligados a pensar en ello, bien para sumarse, bien para plantear la cuestión de otra opción. Sin embargo, hoy en día, los que se atreven a hablar de alternativa, inmediatamente son tachados de tecnófobos. No hay reflexión alguna sobre la cuestión esencial. A saber: ¿cabe oponer proyectos sociales y otras formas de apropiación de estas tecnologías que penetran la sociedad frente a un proyecto que se parece cada vez más a una tecnoutopía, a un determinismo tecnomercantil?”

Como puede constatarse, ambas afirmaciones tienen una carga crítica frente a la “sociedad de la información”. Pero esta posición

asumida por múltiples voces del Norte y del Sur da cuenta de las redefiniciones que ha atravesado el concepto acuñado por Daniel Bell. En consecuencia, esta perspectiva da cuenta de las posibilidades de avanzar en la materia, a la vez que permite organizar diversas agendas temáticas para que muestren la dimensión del problema. Un problema, dicho sea de paso, que no muestra una solución ni siquiera a mediano plazo, dados la diversidad de escenarios y actores involucrados en él. Esto no significa, sin embargo, que más allá de la reflexión teórica que permite contextualizar el problema, no haya esfuerzos orientados hacia el camino de la resolución. De aquí la importancia de la participación en foros y proyectos de investigación coordinados por instancias académicas, gubernamentales y no gubernamentales; nacionales, internacionales y supranacionales. Porque, visto desde esta perspectiva, el concepto "*sociedad de la información*" es producto del debate y la construcción de conocimientos socializados y grupales y no de una reflexión individual que no pasa del mero hecho aislado. Y esa es la diferencia que separa el trabajo de Bell -que no el de sus antecesores- de la posición crítica que se muestra mucho más prolífica. De aquí que la tecnología y el lenguaje, herramientas seleccionadas para este recorrido por los albores de la sociedad de la información, hayan mostrado más riqueza al ser abordados desde esta perspectiva.

Una última observación. Como al principio del ensayo -y de los acontecimientos seleccionados-, prevalece la idea de progreso. Pero el progreso orientado hacia el poder; solo así se explican -al menos parcialmente- la evasión de las contradicciones que supondría el abordaje de un concepto carente de conflicto, de espesor cultural y de implicaciones políticas. No es casual que en el *Fin de la Ideología* se haya concebido el nuevo proyecto de sociedad típica ideal geográficamente localizable. Y es desde esta misma concepción de progreso orientado hacia el poder que se entienden los pocos avances en el tipo ideal construido por Daniel Bell; queda abierta la hipótesis de, si desde esta perspectiva, la noción de "*sociedad de la información*" es utilizada para legitimar escenarios que distan mucho de serlo.

Bibliografía

De Fleur, M. y Rokeach, S. (1983): *Teoría de la comunicación de masas*. Barcelona, Editorial Paidós.

Flichy, P. (1997): *Una historia de la comunicación moderna*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili.

Mattelart, A. (1998): *La mundialización de la comunicación*. Barcelona, Editorial Paidós.

Perriault, J. (1991): *Las máquinas de comunicar*. Barcelona, Editorial Gedisa.

Wolton, D. (2004): *La otra mundialización*. Barcelona, Edit. Gedisa.